

Tertulia Dialógica:

Eichmann en Jerusalén.

Un estudio acerca de la banalidad del mal.

Por Hanna Arendt



Hannah Arendt (1906 – 1975), filósofa alemana de origen judío, se doctoró en filosofía en la Universidad de Heidelberg. Emigrada a Estados Unidos, dio clases en las universidades de California, Chicago, Columbia y Princeton. De 1944 a 1946 fue directora de investigaciones para la Conferencia sobre las Relaciones Judías

y, de 1949 a 1952, de la Reconstrucción Cultural Judía. Su obra, que ha marcado el pensamiento social y político de la segunda mitad del siglo, incluye, entre otros, *Los orígenes del totalitarismo*, *La condición humana* y *La vida del espíritu*.

A partir del juicio que en 1961 se llevó a cabo contra **Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS y uno de los mayores criminales de la historia**, Hannah Arendt escribe un ensayo titulado “*Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*”, algunos de cuyos fragmentos se recogen en esta selección. (...) Treinta años después¹ de su publicación, ***Eichmann en Jerusalén* sigue siendo uno de los mejores estudios sobre el holocausto**, un ensayo de lectura inaplazable para entender lo que sin duda fue la gran tragedia del siglo XX.

Eichmann en Jerusalén

Hannah Arendt

(...) **Gracias a Hitler, el antisemitismo está desacreditado**, el fiscal (*formuló*) a los testigos, uno tras otro, preguntas como: “¿Por qué no protestó?”, “¿Por qué subió a aquel tren?”, “Allí había quince mil hombres, y solo unos centenares de guardianes, ¿Por qué no les arrollaron?. Pero la triste verdad es que (...), **en aquellas circunstancias, cualquier grupo de seres humanos, judíos o no, se hubiera comportado tal como estos se comportaron.** (...)

(...) fácilmente hallaremos la contestación adecuada si permitimos que nuestra imaginación reproduzca durante unos instantes las escenas ocurridas en Holanda, **cuando unos cuantos judíos del barrio hebreo de Amsterdam se atrevieron a atacar a un destacamento de la policía militar alemana**, en el año 1941. **Este ataque provocó la detención de cuatrocientos treinta judíos que, en represalia, fueron literalmente torturados hasta la muerte**, primero en Buchenwald y luego en el campo austríaco de Mauthausen. **Durante meses y meses, murieron mil veces, y cada uno de ellos hubiera envidiado la suerte de sus hermanos de Auschwitz** (...).

¹ Se publicó en 1963. En realidad han pasado ya casi 60 años y sigue entre los mejores estudios sobre el holocausto.

Hay destinos muchos peores que la muerte, y las SS tuvieron buen cuidado de que sus víctimas los tuvieran siempre presentes en su mente. (...)

(...) **El abogado defensor de Eichmann, el doctor Robert Servatius (... dijo) en el curso de una entrevista periodística: “Eichmann se cree culpable ante Dios, no ante la Ley” (... basándose en que según el ordenamiento jurídico nazi ningún delito había cometido, y en que, en realidad, no le acusaban de haber cometido delitos, sino de haber ejecutado “Actos de Estado”, (...) y también en que estaba obligado a obedecer las órdenes que se le daban, y que, había realizado hechos “que son recompensados con condecoraciones, cuando se consigue la victoria, y conducen a la horca, en el momento de la derrota”.**

(...) **Eichmann siempre había sido un ciudadano fiel cumplidor de las leyes, y las órdenes de Hitler, que él cumplió con todo celo, tenían fuerza de ley en el Tercer Reich. (...)**

Según la acusación Eichmann no solo había actuado consciente y voluntariamente, lo cual él no negó, sino impulsado por motivos innobles, y con pleno conocimiento de la naturaleza criminal de sus actos. En cuanto a los motivos innobles, **Eichmann tenía la plena certeza de que él no era lo que se llama un canalla en lo más profundo de su corazón; y en cuanto al problema de conciencia, Eichmann recordaba perfectamente que hubiera llevado un peso en ella en el caso de que no hubiese cumplido las órdenes recibidas, las órdenes de enviar a la muerte a millones de hombres, mujeres y niños, con la mayor diligencia y meticulosidad (...)**

Seis psiquiatras habían certificado que Eichmann era un hombre “normal”. “Más normal que yo, tras pasar por el trance de examinarle”, se dijo que había exclamado uno de ellos Y otro consideró que los rasgos psicológicos de Eichmann, su actitud hacia su esposa, hijos, padre y madre, hermanos, hermanas y amigos era “no sólo normal, sino ejemplar (...)

Eichmann tampoco constituía un caso de anormal odio hacia los judíos, ni un fanático antisemita, ni tampoco un fanático de cualquier otra doctrina. “Personalmente” nunca tuvo nada contra los judíos, sino que, al contrario, le asistían muchas “razones de carácter privado” para no odiarles.

(...) **Los jueces (...) presumieron que el acusado, como toda “persona normal”, tuvo que tener conciencia de la naturaleza criminal de sus actos, y Eichmann era normal (...). Sin embargo, en las circunstancias imperantes en el Tercer Reich, tan solo los seres “excepcionales” podían reaccionar “normalmente”. (...)**

Eichmann dio largas explicaciones encaminadas a demostrar la verdad de lo anterior. Dijo que jamás sintió animadversión hacia sus víctimas (...) **“Incluso, cuando iba a ala escuela elemental, solía pasear, al terminar las clases, con un compañero judío, a quien llevaba a mi casa, este muchacho pertenecía a una familia de Linz, con el apellido Sebba. La última vez que paseamos por las calles de Linz yo ya llevaba en el ojal el emblema del NSDAP (el Partido Nazi), y él no me lo reprochó ni hizo comentario alguno”**

(...) **Al parecer, en Viena, donde tanto éxito alcanzó Eichmann en organizar la “emigración forzosa” de los judíos, tenía una amante judía, que era un “antiguo amor” de Linz. El *Rassenschande*, es decir, cohabitar con judíos, era el más nefando crimen que un miembro de las SS podía cometer, y aun cuando en el curso de la guerra la violación de muchachas judías**

fue el pasatiempo favorito de la soldadesca, también era cierto que los oficiales de las SS rara vez tuvieron aventuras con mujeres judías.

(...) Einchmann no tuvo tiempo, ni tampoco deseos, de informarse sobre el partido, cuyo programa ni siquiera conocía, y tampoco había leído *Mein Kampf*. Kaltenbrunner le había dicho: “¿Por qué no ingresas en las SS?”. Y Einchmann contestó: “¿Por qué no?”. Así ocurrió (...).

Una de las primeras medidas adoptadas por el régimen nazi en 1933 fue excluir a los judíos de los cuerpos de funcionarios del Estado (...) y, en general, de todo cargo de carácter público. (...) se impidió a los estudiantes judíos asistir a la mayoría de las universidades, y se les prohibió en todas ellas obtener las correspondientes licenciaturas. (...) Cuando se preguntó a Eichmann cómo había podido armonizar sus opiniones y sentimientos personales acerca de los judíos con el violento antisemitismo del partido en el que había ingresado, contestó con el refrán: “Una cosa es torear y otra ver los toros desde la barrera”. (...)

(...) Desde el 30 de enero de 1933, los judíos habían sido ciudadanos de segunda categoría (...); su casi completa separación del resto de la población alemana se había logrado en pocas semanas, o quizá meses, mediante el terror, pero también merced a la casi unánime actitud adoptada por quienes les rodeaban. (...)

La tarea que Eichmann debía llevar a cabo había sido definida con las palabras “emigración forzosa”, y estas palabras debían interpretarse textualmente: todos los judíos, prescindiendo de los deseos que albergaran y de su ciudadanía, debían ser obligados a emigrar, lo cual, en palabras corrientes, se llama expulsión. (...) Puso el máximo interés en cumplir su misión, y sus logros fueron espectaculares: (...) en menos de dieciocho meses, Austria fue “limpiada de cerca de ciento cincuenta mil personas, aproximadamente el sesenta por ciento de su población judía, todas las cuales salieron “legalmente” del país. (...)

(...) No fue hasta el estallido de la guerra, el 1 de septiembre de 1939, cuando el régimen nazi se hizo abiertamente totalitario y abiertamente criminal. (...) Evacuar y deportar judíos se había convertido en un asunto de rutina. (...)

El 22 de junio de 1941, Hitler lanzó su ataque contra la Unión Soviética, y seis u ocho semanas más tarde, Heydrich citaba a Eichmann en su despacho de Berlín. (...) Heydrich inició su entrevista con Eichmann mediante un “breve discurso acerca de la emigración” (...) y luego dijo: “El Führer ha ordenado el exterminio físico de los judíos”. Tras lo cual, Heydrich, “muy en contra de su costumbre, permaneció en silencio largo rato, como si quisiera percatarse del efecto que sus palabras habían producido. Lo recuerdo muy claramente, incluso ahora, después de los años transcurridos. Al principio, fui incapaz de darme cuenta de la importancia de las palabras pronunciadas por Heydrich, debido quizá al cuidado con que las había seleccionado; después, sí las comprendí, y, entonces, seguí en silencio porque ya no había nada más que decir, ya que yo jamás había pensado en semejante cosa, en semejante solución. Entonces, lo perdí todo, perdí la alegría en el trabajo, toda mi iniciativa, todo mi interés; quedé, para decirlo de una vez, anonadado. Después Heydrich dijo: Eichmann, entrevístese con Globocnik (...) Vaya, y vea lo que ha conseguido hasta el momento. Creo que se sirve de las trincheras y defensas antitanque hechas por los rusos, a fin de liquidar a los judíos”. Todavía recuerdo

estas palabras. (...) Y también dijo que el nombre en clave oficial dado al exterminio de los judíos era "Solución Final". (...) toda la correspondencia que tuviera por objeto el asunto en cuestión, estaba sujeta a estrictas "normas de lenguaje", y, salvo en los informes de los *Einstazgruppen*, difícilmente se encuentran documentos en los que se lean palabras tan claras como "exterminio", "liquidación", "matanza". Las palabras que debían emplearse en vez de "matar", eran "Solución Final", "evacuación" y "tratamiento especial". (...) Sean cuales fueren las razones por las que se decidió el lenguaje en clave, lo cierto es que resultó extraordinariamente eficaz para el mantenimiento del orden y la serenidad en los muy diversos servicios cuya colaboración era imprescindible. (...) Además, incluso las mismísimas palabras "lenguaje en clave" constituían una denominación en clave, puesto que representaban lo que en lenguaje ordinario se denomina mentira. (...) El último efecto de este modo de hablar no era el de conseguir que quienes lo empleaban ignorasen lo que en realidad estaban haciendo, sino impedirles que lo equiparasen al viejo y normal concepto de asesinato y falsedad. (...)

(...) Cuando Eichmann llegó a Lublin, Globocnik (...) ordenó a un subordinado que mostrara el campo al visitante. Fueron hasta una carretera que atravesaba un bosque, a cuya derecha se alzaba una edificación totalmente normal, en la que se alojaban los trabajadores. Entonces, un capitán de la policía de orden público (...) fue a su encuentro, les mostró unos pequeños bungalows de madera, y comenzó sus explicaciones, "en voz ronca, vulgar e ineducada", diciendo "lo muy cuidadosamente que había aislado los diversos edificios, y que tenía el proyecto de emplear el motor de un submarino ruso, merced al cual los gases penetrarían en el edificio destinado al efecto, y los judíos morirían envenenados. (...)

(...) Poco después, en el otoño del mismo año, Müller, el superior inmediato de Eichmann, le mandó inspeccionar el centro de exterminio de las zonas occidentales de Polonia incorporadas al Reich, (...) Este campo se encontraba en Kulm, donde, el año 1944, se asesinarían a más de trescientos mil judíos procedentes de toda Europa (...). El campo se hallaba en pleno funcionamiento, pero el sistema era distinto al empleado en el anterior, ya que en vez de cámaras de gas se utilizaban camiones. He aquí lo que Eichmann vio: los judíos se encontraban en una gran sala; les dijeron que se desnudaran totalmente; entonces llegó un camión que se detuvo ante la puerta de la gran estancia, y se ordenó a los judíos que entrasen, desnudos, en el camión; las puertas se cerraron y el camión se puso en marcha. "No sé cuántos judíos entraron, apenas podía mirar la escena. No, no podía. Ya no podía soportar más aquello Los gritos... Estaba muy impresionado, y así se lo dije a Müller (...) Después, seguimos al camión en automóvil, y entonces vi la escena más horrible de cuantas recuerdo. El camión se detuvo junto a un gran hoyo, abrieron las puertas, y los cadáveres fueron arrojados al hoyo, en el que cayeron como si los cuerpos estuvieran vivos, tal era la flexibilidad que aún conservaban. Fueron arrojados al hoyo, y me parece ver todavía al hombre vestido de paisano en el acto de extraerles los dientes con unos alicates. Aquello fue demasiado para mí. Volví a entrar en el automóvil y guardé silencio. Después de haber presenciado esto era capaz de permanecer horas y horas sentado al lado del conductor de mi automóvil, sin intercambiar ni una sola palabra con él. Fue demasiado. Me destrozó. Recuerdo que un médico con bata blanca me dijo que si quería podía mirar, a través de un orificio, el interior del camión, cuando los judíos aún estaban allí. Pero rehusé la oferta. No podía. Tan solo me sentía con ánimos para irme de allí".

Muy poco después de lo anterior, Eichmann sería testigo de algo todavía más horrible. Ocurrió cuando Müller le mandó a Minsk, en la Rusia Blanca, diciéndole: “En Minsk, matan a los judíos con armas de fuego. Vaya e infórmese de la situación allí”. Y Eichmann fue. Al llegar creyó que había tenido buena suerte ya que “la tarea estaba ya casi terminada”, lo cual le satisfizo enormemente. “Tan solo vi a unos cuantos jóvenes que se ejercitaban disparando sobre las cabezas de los muertos que se encontraban en el hoyo”. Sin embargo, Eichmann también vio, “y esto fue demasiado para mi, una mujer a la que le estaban rompiendo los brazos; entonces mis rodillas flaquearon, y salí corriendo de allí. (...)

Pese a que Eichmann dijo a Müller que él no era “lo bastante duro” para contemplar aquellos espectáculos, que jamás había estado en el frente, que no había combatido, que no tenía madera de soldado, que padecía insomnio y, cuando no, pesadillas, su jefe le volvió a mandar unos nueve meses después a la región de Lublin, donde el entusiasta Globocnik había al fin terminado sus preparativos. (...) vi como una columna de judíos desnudos entraban en un amplio edificio para ser víctimas de los gases. Según me dijeron, allí los mataban con una cosa llamada ácido cianúrico”. (...) Eichmann solo vio justamente lo necesario para estar perfectamente enterado del modo en que la máquina de destrucción funcionaba; para saber que había dos métodos para matar, el gaseamiento y el disparo de armas de fuego; que el segundo método lo empleaban los *Einsatzgruppen*, y que el primero se utilizaba en los campos de exterminio, ya en cámaras, ya mediante camiones; y que en los campos de exterminio se tomaban complicadas medidas a fin de engañar a las víctimas, acerca de su destino, hasta el último instante. (...)

Cierto es que Eichmann dijo que su única alternativa era el suicidio, pero esto no fue más que una mentira, ya que todos sabemos cuán sorprendentemente fácil era para los miembros de los equipos de exterminio abandonar sus puestos, sin sufrir con ello graves consecuencias (...) En los documentos de Nuremberg, “no se puede hallar ni un solo caso en que se aplicara la pena de muerte a un miembro de las SS, a causa de haberse negado a participar en una ejecución (...) y en el mismo juicio de Eichmann, un testigo de la defensa (...) declaró: “Cabía la posibilidad de soslayar determinadas misiones, por el método de solicitar el traslado. Sin duda, en muchos casos, ello comportaba un castigo de orden disciplinario. Sin embargo, la vida del solicitante de traslado jamás corrió peligro. (...) En su última declaración ante el tribunal de Jerusalén, Eichmann reconoció que hubiera podido apartarse del cumplimiento de su función, tal como otros habían hecho. Pero siempre consideró que tal actitud era “inadmisible”, e incluso en los días del juicio no la juzgaba “digna de admiración” (...). No, Eichmann no corrió “peligro de muerte inmediata”, y como sea que aseguraba con gran orgullo que siempre “había cumplido con su deber”, que siempre había obedecido las órdenes, tal cual su juramento exigía, (...) La única circunstancia atenuante que alegó fue la de haber evitado “en cuanto pudo, los sufrimientos innecesarios” al llevar a cabo su misión”. (...)

Del conjunto de pruebas de que disponemos solamente cabe concluir que la conciencia, en cuanto tal se había perdido en Alemania (...). Ciertamente, lo que acabamos de decir no refleja la verdad en su totalidad, por cuanto hubo individuos que desde los principios del régimen de Hitler, y sin cesar ni un instante, se opusieron a él. Nadie sabe cuántos fueron (...), ya que sus voces jamás fueron oídas. Se les podía encontrar en cualquier lugar, en todas las capas de la sociedad, (...) Algunos tenían una moral verdaderamente profunda, como aquel artesano a

quien tuvo ocasión de conocer que prefirió renunciar a su existencia independiente, y pasar a ser un simple obrero de fábrica, antes que “cumplir con la pequeña formalidad” de ingresar en el partido Nazi. Unos cuantos, pocos, siguieron dando toda su importancia al acto de jurar, y prefirieron renunciar a una carrera académica antes que jurar en el nombre de Hitler. Había un grupo más numerosos, formado por obreros especialmente en Berlín, y por intelectuales socialistas que procuraron ayudar a cuantos judíos conocían. Por fin, se dio el caso de dos muchachos campesinos (...) que al ser llamados a filas por las SS, al final de la guerra, se negaron a alistarse. Fueron condenados a muerte, y en el día de su ejecución escribieron a sus familiares: “Preferimos morir a llevar sobre nuestra conciencia crímenes tan horribles: sabemos muy bien cuáles son los deberes de las SS”. (...) su capacidad de distinguir el bien del mal había permanecido intacta, y jamás padecieron “crisis de conciencia”. (...)

El miembro de la jerarquía nazi más dotado para la resolución de problemas de conciencia era Himmler. Himmler ideaba eslóganes, (...) frases pegadizas a las que Eichmann llamaba “palabras aladas”, y los jueces de Jerusalén denominaban “banalidades” (...) He aquí (...) frases tomadas de los discursos que Himmler dirigía a los comandantes de los *Einsatzgruppen* y a los altos jefes de las SS y de la policía: “Haber dado el paso al frente y haber permanecido íntegros, salvo excepcionales casos explicables por la humana debilidad, es lo que nos ha hecho fuertes. Esta es una gloriosa página de nuestra historia que jamás había sido escrita y que no volverá a escribirse”, “La orden de solucionar el problema judío es la más terrible orden que una organización podía jamás recibir”, “Sabemos muy bien que lo que de vosotros esperamos es algo *sobrehumano*, esperamos que seáis *sobrehumanamente inhumanos*”. Lo que se grababa en las mentes de aquellos hombres que se habían convertido en asesinos era la simple idea de estar dedicados a una tarea histórica, grandiosa, única (“una gran misión que se realiza una sola vez en dos mil años”) que, en consecuencia, constituía una pesada carga. Esto último tiene gran importancia, ya que los asesinos no eran sádicos, ni tampoco homicidas por naturaleza, y los jefes hacían un esfuerzo sistémico para eliminar de las organizaciones a aquellos que experimentaban un placer físico al cumplir con su misión. (...)

El hecho de que Eichmann recordara mal las ingeniosas frases de Himmler quizá sea un indicio de que existían otros medios más eficaces para resolver los problemas de conciencia. Entre todos ellos destacaba, como Hitler había previsto certeramente, el simple hecho de la guerra. (...)

En este ambiente dominado por la presencia de la muerte violenta tenía especial eficacia, a los efectos antes citados, el hecho de que la Solución Final, en sus últimas etapas, no se llevara a cabo mediante armas de fuego, es decir, con violencia, sino en cámaras de gas, las cuales desde el primer momento hasta el último, estuvieron estrechamente relacionadas con el “programa de eutanasia” ordenado por Hitler en las primeras semanas de la guerra, y del que fueron sujeto pasivo los enfermos mentales alemanes, hasta el momento de la invasión de Rusia. (...)

Los judíos formaban parte de la clasificación “enemigos potenciales”(…) Ninguna de las diversas “normas idiomáticas”, cuidadosamente ingeniadas para engañar y ocultar, tuvo un efecto más decisivo sobre la mentalidad de los asesinos que el primer decreto dictado por Hitler en tiempos de guerra, en el que la palabra “asesinato” fue sustituida por “el derecho a una muerte sin dolor”. Cuando el interrogador de la policía israelí preguntó a Eichmann si no

creía que la orden de “evitar sufrimientos innecesarios” era un tanto irónica, habida cuenta de que el destino de sus víctimas no podía ser otro que la muerte, Eichmann ni siquiera comprendió el significado de la pregunta, debido a que en su mente llevaba todavía firmemente anclada la idea de que el pecado imperdonable no era el matar, sino el causar dolor innecesario.

(...)

(...) **todo se convirtió prontamente en tarea rutinaria.** Rápidamente, Eichmann se convirtió en un experto en cuestiones de “evacuación forzosa”.. **uno tras otro, todos los países impusieron a los judíos la obligación de empadronarse, de llevar un distintivo amarillo para su más fácil identificación. Luego, fueron reunidos y deportados. Y las distintas expediciones iban a uno u otro campo de exterminio del Este, según la capacidad relativa de cada cual en un momento determinado. Cuando un tren atestado de judíos llegaba a un centro de exterminio, se seleccionaba entre ellos a los más fuertes para dedicarlos al trabajo, a menudo al servicio de la maquinaria de exterminio, y los restantes eran inmediatamente asesinados.** Había algún otro problema, pero todos eran de menor importancia. (...) **Los asesores jurídicos redactaron borradores de la legislación necesaria para dejar a las víctimas en estado de apátridas, lo cual tenía gran importancia desde dos puntos de vista. Por una parte, eso impedía que hubiera algún país que solicitara información sobre las víctimas, y, por otra, permitía al Estado en que la víctima residía confiscar sus bienes.** (...)

La maquinaria de exterminio había sido planeada y perfeccionada en todos sus detalles mucho antes de que los horrores de la guerra se cebaran en la carne de Alemania. (...) **Según dijo Eichmann, el factor que más contribuyó a tranquilizar su conciencia fue el simple hecho de no hallar a nadie, absolutamente a nadie, que se mostrara contrario a la Solución Final.** (...)

Sin la ayuda de los judíos en las tareas administrativas y policiales, (...) se hubiera producido un caos total, o, para evitarlo, hubiese sido preciso emplear fuerzas alemanas(...)

(...) sabemos también cuáles eran los sentimientos que experimentaban los representantes judíos cuando se convertían en cómplices de las matanzas. Se creían capitanes “cuyos buques se hubieran hundido si ellos no hubiesen sido capaces de llevarlos a puerto seguro gracias a lanzar por la borda la mayor parte de su preciosa carga”, como salvadores que “con el sacrificio de cien hombres salvan a mil, con el sacrificio de mil a diez mil”. Pero la verdad era mucho más terrible. Por ejemplo, en Hungría, el doctor Kastner salvó exactamente a 1.684 judíos gracias al sacrificio de 476.000 víctimas aproximadamente. (...) Finalmente, hubo algunos representantes judíos, pocos, que se suicidaron (...)

Los nazis no reconocieron a los judíos la calidad de beligerantes, ya que si lo hubieran hecho, los judíos hubieran podido sobrevivir en campos de prisioneros de guerra o de internamiento. (...)

Me he detenido a considerar **este capítulo de la historia de los judíos, durante la Segunda Guerra Mundial,** (...) por cuanto **ofrece una sorprendente visión de la totalidad del colapso moral que los nazis produjeron en la respetable sociedad europea, no solo en Alemania, sino en casi todos los países, no solo entre los victimarios, sino también entre las víctimas.** (...)

Eichmann dijo que Hitler “quizá estuviera totalmente equivocado, pero una cosa hay que no se le puede negar: fue un hombre capaz de elevarse desde cabo del ejército alemán a Führer de un pueblo de ochenta millones de personas. Para mí, el éxito alcanzado por Hitler era razón suficiente para obedecerle”. (...)

En la Francia de Vichy se había formado un departamento especial dedicado a Asuntos Judíos, (...) la operación comenzaría con los judíos extranjeros (...) Al principio no hubo dificultades, ya que Pierre Laval, primer ministro del gabinete de Pétain, dijo que “estos judíos extranjeros siempre han sido un problema para Francia”(…). Los franceses se negaron con indignación a entregar a los judíos de su propia nacionalidad a los alemanes. (...)

(...) probablemente (...) el antisemitismo holandés, al igual que el francés, se centraba en los judíos extranjeros. Esto fue causa de que los alemanes no tuvieran grandes dificultades en formar el Consejo Judío, cuyos miembros vivieron largo tiempo en la falsa creencia de que solamente los judíos alemanes y extranjeros serían víctimas de las deportaciones (...)

En Dinamarca no había partidos fascistas o nazis, dignos de ser tenidos en cuenta, y, en consecuencia, no había colaboracionistas. (...)

Suecia, Italia y Bulgaria, al igual que Dinamarca, resultaron ser inmunes al antisemitismo, pero de las tres naciones que estaban en la esfera de influencia alemana, solamente Dinamarca se atrevió a hablar claramente del asunto a sus amos alemanes. Italia y Bulgaria sabotearon las órdenes alemanas y emprendieron un complicado juego de engaños y trampas que les permitió salvar a sus judíos, haciendo con ello un auténtico *tour de forcé* de ingenio, pero jamás discutieron la política alemana en cuanto tal. Los daneses adoptaron una actitud totalmente distinta. Cuando los alemanes les propusieron, con gran cautela, que se diera la orden implantando el distintivo amarillo, recibieron la escueta respuesta de que el rey sería el primero en ostentarla, y los miembros del gabinete danés tuvieron buen cuidado en dejar claramente sentado que la aplicación de cualquier tipo de medidas antisemitas comportaría su inmediata dimisión. En este caso, tuvo vital trascendencia que los alemanes ni siquiera lograran implantar la importantísima distinción entre daneses de origen judío, de los que había unos seis mil cuatrocientos, y los mil cuatrocientos judíos alemanes que se habían refugiado en el país antes del inicio de la guerra, y a los que el gobierno alemán había declarado apátridas. Esta negativa seguramente debió de sorprender extraordinariamente a los funcionarios alemanes, ya que era “ilógico” que un gobierno protegiera a unas gentes a las que había denegado sistemáticamente la ciudadanía, e incluso los permisos de trabajo. (...) los daneses explicaron a los alemanes que, como fuere que los refugiados apátridas habían dejado de ser ciudadanos alemanes, los nazis no podían apoderarse de ellos sin el consentimiento del gobierno danés. (...) así pues, ninguna de las medidas preparatorias, tan importantes en la maquinaria burocrática del asesinato, pudo aplicarse, debido a lo cual las operaciones fueron retrasadas hasta el otoño de 1943.

Lo que entonces ocurrió fue verdaderamente increíble. En comparación con lo que tuvo lugar en los restantes países europeos, bien podemos decir que en Dinamarca todo funcionó desastrosamente para los nazis. (...) Himmler no contaba con que además del hecho de la resistencia danesa – los oficiales alemanes que habían vivido largo tiempo en el país ya no eran los mismo, que habían cambiado profundamente. (...) las unidades especiales de las SS

destacadas en Dinamarca se oponían muy frecuentemente a ejecutar “las medidas que los organismos centrales les ordenaban” (...) Desde un principio se pudo percibir que en Dinamarca las cosas no funcionaban como debían, por lo que la oficina de Eichmann mandó allí a uno de sus mejores hombres (...)

Adolf Eichmann se dirigió al patíbulo con gran dignidad. (...) Calmo y erguido, con las manos atadas a la espalda, anduvo los cincuenta metros que mediaban entre su celda y la cámara de ejecución. Cuando los celadores le ataron las piernas a la altura de los tobillos y las rodillas, Eichmann les pidió que aflojaran la presión de las ataduras, a fin de poder mantener su cuerpo erguido. Cuando le ofrecieron la negra caperuza, la rechazó diciendo: “Yo no necesito eso”. En aquellos instantes, Eichmann era totalmente dueño de sí mismo, más que eso, **estaba perfectamente centrado en su verdadera personalidad. Nada puede demostrar de modo más convincente esta última afirmación cual la grotesca estupidez de sus últimas palabras. Comenzó sentando con énfasis que él era un *Gottgläubiger*, término usual entre los nazis indicativo de que no era cristiano y de que no creía en la vida sobrenatural tras la muerte. Luego, prosiguió: “Dentro de muy poco, caballeros, volveremos a encontrarnos. Tal es el destino de todos los hombres. ¡Viva Alemania! ¡Viva Argentina! ¡Viva Austria! *Nunca las olvidaré*”.** Incluso ante la muerte, Eichmann encontró el cliché propio de la oratoria fúnebre. En el patíbulo, su memoria le jugó una última mala pasada; **Eichmann se sintió “estimulado”, y olvidó que se trataba de su propio entierro.**

Fue como si en aquellos últimos minutos resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible *banalidad del mal*, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes.